

# Los soldados se traen los traumas a casa

Por JEFFREY GETTLEMAN

NUEVA YORK— Greg Papadatos, médico del Ejército de 42 años, mira a su alrededor. Las paredes de su apartamento están llenas de agujeros. No hay papel higiénico en el lavabo. El suelo está cubierto de polvo.

Acababa de regresar de Irak, pero nadie le recogió en la estación de autobuses ni ha limpiado su apartamento.

"Sabía que volver a casa iba a resultar decepcionante", afirma. "Pero no creía que fuera a serlo tanto".

Se quitó la gorra de camuflaje, le pasó el dedo por el borde e inspeccionó los hinchados nudillos de su mano derecha que, en un arranque de frustración, había golpeado contra una señal unos días antes.

"O eso o le pegaba un puñetazo a un capitán", dice.

El sargento Papadatos reconoce que necesita adaptarse. Al parecer, todos los soldados vuelven de la guerra buscando algo. En su caso, ayuda. Este soldado del Primer Batallón del 69 de Infantería de la Guardia Nacional de Nueva York formaba parte de una oleada de 700 guardias nacionales que aterrizaron en Fort Dix, Nueva Jersey, a principios de septiembre, para someterse a unos días de reorientación antes de ser enviados a Irak.

A diferencia de los soldados en activo, que regresan todos juntos a una base, los soldados a tiempo parcial vuelven a casa solos. Carecen del apoyo integrado de los compañeros, capellanes o expertos en salud mental que forman parte de la vida de la base.

Estudios militares ya indican que prácticamente uno de cada cinco soldados que regresan sufre depresión, ansiedad o el síndrome de estrés posttraumático. Muchos ex combatientes sospechan que las cifras son mucho más elevadas. Oficiales del Ejército afirman que están especialmente preocupados por los soldados y reservistas de la Guardia Nacional que, según un reciente estudio del Departamento Médico del Ejército, presentan unos índices más altos de estrés posterior al despliegue.

Papadatos se consideraba ambicioso. Fue un tirador de primera en infantería en los años ochenta, y ha corrido maratones. Trabajó como paramédico para Medical Express Ambulance, una empresa privada de ambulancias de Nueva York. Su jefe, Mike Collins, dice de él que "vive para ser paramédico".



"Pero ¿sabe cuales son los síntomas más comunes? No es salir ahí fuera y hacer algo violento, una locura. Es la depresión".

## GREG PAPADATOS

*En Nueva York, arriba, después de pasar un año en Irak, y encima, curando a un iraquí herido por una bomba de los insurgentes.*

Cuatro meses después de llegar a casa, todavía no ha vuelto a un horario a tiempo completo. "La gente no comprende el síndrome de estrés posttraumático", señala. "Antes lo denominaban neurosis de guerra. Después era fatiga de combate. Pero, ¿sabe cuales son los síntomas más comunes? No es salir ahí fuera y hacer algo violento, una locura. Es la depresión".

Un reciente estudio del Ejército indicaba que más de la mitad de los soldados que regresan de Irak y muestran signos de problemas psicológicos no están recibiendo tratamiento, en muchos casos porque temen ser considerados personas débiles. Pero Papadatos dice que ha intentado obtener ayuda en repetidas ocasiones desde abril, mientras se encontraba todavía en Irak. Allí se sentía abrumado, intentando cubrir heridas de bala que no se cerraban, tratando de hallar un latido que no oía.

En cuanto llegó a Fort Dix, Papadatos comentó a un trabajador social que creía padecer el síndrome de estrés posttraumático. El trabajador social le entregó un cuestionario de múltiples opciones: ¿Ha sufrido en el último mes alguna experiencia que ha-

ya sido tan aterradora, horrible o sobrecogedora que le tuviera constantemente en guardia? ¿Ha tenido pesadillas o pensado en ello sin querer? En el caso de Papadatos, todo era afirmativo. Unos días más tarde, golpeó la señal de tráfico y se rompió un hueso de la mano. "No se les ocurrirá pensar en mí a menos que mate a alguien", asegura, "y quizá ni por éstas".

En diciembre, Papadatos volvió a solicitar ayuda. Acudió al hospital de ex combatientes de Manhattan y le pidieron que rellenara otro cuestionario, el cuarto. Tenía dudas sobre las preguntas, pero la secretaria que administraba la prueba no pudo responderlas y se sintió frustrado. Ésta le dijo que se estaba comportando de manera "desagradable". "Fue entonces cuando exploté", explica. "Empecé a gritar: '¿Desagradable? ¿Desagradable? ¡Yo te enseñaré lo que es desagradable, estúpida babosa de escritorio!'".

Varios hombres le acompañaron fuera. Cuando llegó a casa unas horas más tarde, se metió en la cama. Desde entonces, ha conseguido visitar a un psiquiatra y se ha visto alentado por la idea de la terapia de grupo, que probablemente empiece pronto. "¿Sabía que tienen un grupo destinado sólo a paramédicos?", pregunta con un atisbo de entusiasmo en su voz. Pero el entusiasmo puede desaparecer con la misma rapidez que llega.

Durante una nevada el mes pasado, vio cómo caían los copos por la ventana. No salió del apartamento en tres días. "Es una pena que viva solo", afirma. "Porque en un día como ése, necesitaba a alguien que me agarrara por el pescuezo, me sacara fuera y me dijera: 'Vamos, Greg, juega con la nieve, te sentirás mejor si lo haces'".